

monárquicas, y lo lleven hasta el día que los hombres hayan rehecho la patria y vengado la revolucion.» Cuando llegaron las vísperas del Juicio final, del día de los combates, publicó un manifiesto, diciendo que si alguno desertaba de su puesto, él sólo sería capaz de matarlo. Sin embargo, Grousset lo abandonó. Refugióse en casa de la señorita Accar, donde le encontró la policía disfrazado de mujer, con miriñaque, corsé y moño. Al conducirlo á uno de los puestos militares, fué necesario custodiarle para que no le arrastrara el pueblo.

Todos estos horrores se explican por la exaltacion de aquellos extraordinarios y supremos instantes. Véanse los séres más débiles convertidos en séres heroicos. Las mujeres, no ya de baja extraccion sino de clases acomodadas, lindas de rostro, envueltas en seda, bajaban á las calles y disparaban sobre los soldados diciendo, si eran presas, fusiladnos inmediatamente. Una de ellas sorprendida en la misma ventana donde estaba haciendo fuego, y como la maniataran para llevarla á Versalles, exclamó: «Ahorradme el viaje.» Un peluquero de Monroux cargó su fusil de piston y salió á la calle para tomar parte en el combate. Encontró al pronto un capitán acompañado de un sargento y les disparó su arma. Cayó el sargento exánime y apenas había caído, cuando rodean al matador que estaba de nuevo cargando, ¿qué haceis? le preguntaron los soldados.

—Maté á ese sargento y se me había escapado el capitán; cargo para matarle.

—Fusiladlo, fusiladlo.

Entonces sacó el reloj, se lo entregó á su mujer que estaba presente, le dijo á su pequeño, que lloraba á sus piés, acuérdate de tu padre, véngame; y cayó fusilado.

Un comunero del centro de París es conducido al cercano puesto militar donde funcionaban los consejos de guerra. Su mujer en la exaltacion de su dolor le dice: yo te vengaré. Inmediatamente, sin conducirlo á los

consejos de guerra lo fusilan á él, y luego suben á la habitacion y la fusilan á ella.

Las ejecuciones, decia el corresponsal del *Times*, han sido espantosas. Sólo á las orillas del rio se han fusilado dos mil personas. Por las pendientes de los barrios altos se ven desigualdades en el terreno: son tumbas. En el lugar de las ejecuciones no se enterraban los cadáveres para que pudieran verlos antes de morir las nuevas víctimas. Una petrolera llevaba tierna criatura de pecho al ser fusilada. La infeliz tiende los brazos para que alguien recoja, algún sér humano entre tantas machedumbres, al fruto de sus amores, inocente de sus crímenes. Nadie lo recoge, nadie se apiada de aquella madre y de aquella criatura. Al contrario, matadlos, gritan; y las dos caen muertas. Hé aquí el relato que traía el *Diario de los Debates* por aquellos días de los procedimientos usuales en los Consejos de guerra. Apenas es creible tanta crueldad.

«Desde la mañana del domingo veintiocho un cordon de gentes se forma delante del teatro del Chatelet. Allí se ha constituido un consejo de guerra. De tiempo en tiempo se ve salir una banda de quince á veinte individuos, compuesta de guardias nacionales, de paisanos, de mujeres y niños de quince á diez y seis años, cogidos con las armas en la mano, ó cuya participacion activa en la insurreccion armada, estaba claramente demostrada por señales inequívocas. Estos individuos eran condenados á muerte. Marchaban de dos en dos escoltados por un batallon de cazadores de á pié. Una escuadra de cazadores abria y cerraba la marcha. Este cortejo seguía el cuartel de Gesons y penetraba en el cuartel de la plaza Lobau.

»Un minuto despues se oía retumbar dentro el fuego del peloton y las descargas sucesivas. Era la sentencia del consejo de guerra que acababa de cumplirse.»

«El destacamento de cazadores volvía al Chatelet en busca de otros condenados. La

multitud parecía vivamente impresionada al escuchar aquellas descargas.»

«En el teatro de Chatelet, añadía Catulle Mendez, en su obra sobre la Comunidad, se ha constituido un consejo de guerra. Se conduce allí á los federados, por veintenas los condenan; los llevan á la plaza con las manos atadas por detrás de las espaldas. Allí les dicen:

«Volveos.»

«A cien pasos del lugar *hay una ametralladora*: caen de veinte en veinte. ¡Método expeditivo! En un patio de la calle de Saint Denis hay una cuadra llena de cadáveres: *he visto esto con mis propios ojos.*»

La *Independencia Belga* traía en estas lacónicas frases aquel horrible cuadro:

«En el jardín de Luxemburgo, en el parque de Monceaux, en la torre Saint Jacques, se abrieron inmensas fosas donde se ponía cal viva: los insurrectos, hombres y mujeres, eran conducidos allí: hacían fuego los pelotones; una nube de humo se levantaba... la fosa y la cal se entreabrian y tornaban á cerrarse bajo su presa.»

«Cerca de tres mil comuneros, dice Lissagay, cogidos en la noche del 27 en el padre Lachaise, fueron arrastrados á la prision de la Roquette. *Ninguno salió de allí.* Desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde se oyeron desde fuera continuas explosiones. Durante una hora, mezclado entre la multitud yo escuché delante de la puerta. El ruido que se oía no era siempre de la fusilería: se distinguía muy claramente el estampido de las ametralladoras. Se ejecutaba á los prisioneros por manadas de cincuenta y de cien hombres. Los pelotones de ejecucion estaban derrengados de fatiga y apuntaban mal; los oficiales, por humanidad, habían hecho avanzar las ametralladoras. El interrogatorio se reducía á un desfile por delante del *Consejo*, porque todos los prisioneros hechos en el cementerio, estaban destinados á la muerte y los habían separado como á carneros.»

Véase lo que decía *Le Soir*, periódico mi-

B.

nisterial, y por sus palabras se juzgará lo que debía ser el campamento de Satory, aquel campo de matanza:

«Sabemos que muchos diputados que han visitado el campamento de Satory, se han conmovido al ver el lastimoso estado en que se hallan los presos allí reunidos. A consecuencia del considerable número de estos desgraciados y del reducido local que tienen á su disposicion, miles de prisioneros viven á la intemperie, expuestos día y noche al viento, al sol y á la lluvia, sin tener otro lecho donde reposar que la tierra húmeda y fangosa. El alimento que se les distribuye se reduce á una escasa racion de pan, y ni aun se les da la cantidad de agua necesaria para apagar la sed. La mayor parte de ellos, entre los que se cuentan mujeres y niños, están cubiertos de harapos.

»Si todos los prisioneros que se hallan en Satory fueran culpables, no sabemos si tendríamos valor, en presencia de los abominables crímenes cometidos en París, de levantar la voz en su favor. Pero, ya lo hemos dicho, y el hecho ha sido probado; hay entre ellos un gran número de inocentes, presos por equivocacion, en medio del desorden.»

Terminaremos esta horrible reseña con estas otras líneas del *Siecle* en que se ocupa del mismo asunto:

«A eso de las cuatro de la mañana ha ocurrido una nueva sublevacion entre los prisioneros de Satory. La autoridad militar mandó en el acto hacer disparos de ametralladora sobre los insurrectos, y el número de muertos y heridos es numeroso. A pesar de esto, unos sesenta presos lograron evadirse. La gendarmería salió en su persecucion por los bosques de los alrededores. A las doce nuevas escuadras de gendarmes á caballo salieron á galope por diferentes caminos.»

«Se asegura que de los detenidos de Satory mueren gran número cada día de congestiones cerebrales y también de frio. Esto se explica, por hallarse *amontonados* en un gran



corral, descubierto, sin abrigo y espuestos á todas las molestias de la estacion. Sólo las mujeres con los niños están alojadas en baracas. Tambien perecen de sobreexcitacion nerviosa y de calenturas acompañadas de delirio.»

Crímenes, grandes crímenes cometieron los versalleses; crímenes, grandes crímenes cometieron tambien los comuneros. En la calle de Italia, ahorcaron despiadadamente á varios soldados despues de rendidos. En la Butte-aux-Cailles asesinaron un farmacéutico, teniéndolo colgado largos dias de los barrotos de un balcón. En la calle de Richelieu, otro farmacéutico veia travieso muchacho atareado en levantar alta barricada, y le dijo estas prudentes y sábias palabras: «á lo ménos tú á esa edad no te mezeles en tales cosas.» Acto contínuo, lo inmolaron en presencia de su mujer. Cierta vieja reveló un hecho á los soldados, que no lo creeríamos si no lo testificasen tantas personas de crédito: «podeis matarme en buen hora, porque yo he matado por mi propia mano á mi hijo que era un versallés como vosotros.» Pero el horror de los horrores, será siempre el fusilamiento de los rehenes, de aquellos seres inocentes, indefensos, ajenos, tras tanto tiempo de encierro, á todas las peripecias políticas, inmolidos con bárbara crueldad por los comuneros, cuando renacian en ellos las esperanzas más fundadas de conservar la vida.

El abogado Chaudey, mi ilustre amigo, víctima de las discordias civiles, mártir de su templada fé política, perteneció siempre al partido republicano, sí, al partido republicano más moderado, y más juicioso. Tal fué su crimen á los ojos de la Comunidad revolucionaria. Alto de estatura y erguido, suelto de maneras, fácil de palabra, pronto en la respuesta, claro en el juicio, pasaba por excelente orador y luchaba en las contiendas interiores de la democracia con esos demagogos destinados tristemente á perdernos, y

á perder la libertad. ¡Ah! Los implacables, no podian perdonarle en sus rencores que, testamentario de Proudhon, atacase en toda coyuntura plausible las estériles utopias comunistas; y federal de convicciones se uniese por patriotismo á los empeñados en poner sobre todo la unidad y la integridad de Francia. El periódico hebertista, *El Pere Duchesne* lo denunció como cómplice del gobierno de la defensa Nacional allá en el dia de los asaltos á la Casa de la Ciudad; y el Torquemada de los comuneros Raoul Rigault lo aprisionó y debia matarlo.

Este Rigault era un verdadero mónstruo, de naturaleza cruel, de educacion pervertida, imbuido en el terror jacobino, gustando de espiar, de perseguir, de matar en nombre de la libertad como los antiguos inquisidores en nombre de la religion. Denunciado Chaudey por el periódico terrorista, faltóle tiempo á Rigault para encarcelar al republicano moderado en la prision de Santa Pelagia. Habia allí un carcelero poeta, que distraia sus ócios en la prision, como Neron en el trono, haciendo versos y que le presentó á Chaudey algunas composiciones. Leyólas este con verdadera indiferencia y se las devolvió diciéndole: son pasables. Hirióle en mitad del corazon semejante palabra al devoto importuno de las musas y juró vengarse, contribuyendo, y no poco, al desastroso fin de nuestro infeliz y honrado amigo.

El veintitres de Mayo, dia tercero de la última colosal batalla, antes de amanecer, Rigault penetra en el cuarto de su pobre víctima y le notifica la bárbara resolucion. Chaudey quiere defenderse, probar su inocencia, decir que él era un republicano sin mancha, y su enemigo un juez sin mandato, un verdugo sin entrañas. Pero Rigault ahoga la voz de Chaudey con bárbaras injurias y manda que lo lleven á otro sitio del tristísimo edificio. Los ojos del comunero lanzaban rayos, y sus labios sólo decian estas palabras: «requerid un peloton de milicianos

que den pronto cuenta de este hombre.» «Rigault, exclamó Chaudey, tengo una mujer, y tengo un hijo; bien lo sabeis.» El bárbaro se encogió de hombros á un recuerdo que hubiera partido las piedras. La única muestra de humanidad que dió fué acelerar la ejecucion de su mandato y ahorrar así al inocente reo algunos minutos de pena. El peloton se puso en marcha, llevando delante dos guías que alumbraban el camino con sendas linternas. Llegados al supremo instante, volvió á recordar Chaudey su mujer y su hijo. «No me importa; respondió Rigault, no los compadezco. Los versalleses no tendrán de mí compasion tampoco.» Puso el comunero una linterna en el suelo, alumbrando la pared; dió otra á un guía para que la proyectase sobre la noble cabeza de la víctima; sacó su espada; se irguió al frente del peloton, y mandó el fuego. Chaudey se desplomó, y un grito de «Viva la República» escapado en aquella última hora de su pecho, se mezcló con el siniestro resonar de la descarga.

Tres gendarmes salen despues que Chaudey, tres jóvenes, tres padres de familia. Al verse en el campo, como fueran desligados, echan á correr en pos de la libertad y de la vida. Sus verdugos les persiguen, les acosan cruelmente con la furia que el cazador á su presa. Gritos, juramentos, tiros, todo lo que pueden, emplean para aterrarlos y cogerlos. Dos de ellos caen pronto rendidos en manos de sus perseguidores y al minuto caen tambien fusilados. El tercero corre más tiempo, toca la seguridad casi de salvacion; pero cazado como una fiera, se rinde y muere.

Como Santa Pelagia la Roqueta estaba llena de rehenes. Habíanlos aglomerado allí los dictadores, despues de decir al gobierno versallés, que teniéndolos por adictos á la Asamblea, estaban decididos á fusilar diez por cada comunero fusilado. Entre los más ilustres descollaba el magistrado Bonjeau, escritor ingeniosísimo, abogado disertado, juez íntegro, presidente á la sazón del Tribunal Supremo,

y que, ajeno á las cuestiones políticas, vió con grandes y consoladoras esperanzas la fundacion de la República. En los primeros dias de la Comunidad lo prendieron, y muchas veces trataron de soltarlo. Pero el génio malo de la revolucion, el jóven Rigault, decia aludiendo á la detencion de Blanqui, decretada y efectuada por el gobierno de Versalles: No lo soltaré como no nos devuelvan á Blanqui, y Blanqui mismo venga á pedirme á mi despacho su libertad en persona. Por fin lo fusilaron bárbaramente en aquellos dias y su último instante recordó el carácter de los hombres del siglo décimo-octavo, tantas veces mostrado durante el terror de las revoluciones y de las reacciones francesas; la sonriente serenidad ante la muerte.

En la Roquetas se encontraba tambien el arzobispo de París. ¡Extraño caso! Desde 1848 tuvo el arzobispado de la capital tres prelados; y los tres murieron violentamente: el primero en las barricadas de Junio, el segundo asesinado al pié de los altares, y el tercero fusilado por la Comunidad revolucionaria. Monseñor Darboy pertenecia al clero liberal. Así antes como despues del Concilio vaticano odiábanlo en Roma por su apego á las libertades galicanas. Una vez que el Embajador de Francia pidió para él, en nombre de Napoleon III, un capelo de cardenal, respondióle Pio IX con su gracia volteriana: «Un capelo para el arzobispo de París! ¿Todavía quiere ser más rojo?» Los rojos debian matarlo. El periódico *La Commune* reclamaba su muerte como reclamaba el periódico *Pere Duchesne* la muerte de Chaudey. «Los perros no se contentarán, decia, de hoy en adelante con mirar á los obispos, los morderán. Nuestras balas no han de estrellarse en sus escapularios. No se levantará nadie á maldecirnos el dia que fusilemos á Darboy.» Este dia fué el veinticuatro de Mayo. Para mayor irrisión le formaron á él y á cuatro compañeros más de sacerdocio sumario proceso en tribunal improvisado. El arzobispo mostró una gran resignacion.